

**QUIEROSABER**

# **La interculturalidad**

**Joaquín Beltrán**

**UOC**

## LOS CONTACTOS ENTRE CULTURAS

El contacto entre distintos grupos humanos situados en diferentes territorios y la convivencia de grupos diferenciados en un mismo espacio son tan antiguos como la humanidad. La interculturalidad, por definición, es contacto entre culturas. ¿Qué significa, pues, la interculturalidad en nuestros días? ¿Qué tiene de nuevo hablar de la relación entre culturas y entre grupos como identidades distintivas? Antes de responder a estas preguntas debemos saber cómo se ha definido, hasta hace relativamente poco tiempo, esta relación y este contacto.

En primer lugar, podemos constatar cómo a lo largo de la historia ha habido intercambio de información, inventos, tecnologías entre personas que pertenecen a diferentes formaciones culturales. Hemos estado en contacto los unos con los otros, comerciando, viajando y guerreando. Las noticias sobre otras culturas, sobre personas y grupos que piensan y actúan de una manera diferente de aquel que las registra, aparecen desde el comienzo mismo de la escritura, y tenemos conocimientos de épocas anteriores que hacen referencia a la difusión de la agricultura, la domesticación de algunos animales y plantas para el consumo humano, tecnologías de trabajo con metales, que pasaban de una zona a otra.

Las culturas nunca han estado aisladas. Muchos de los rasgos que se consideran propios son, en realidad, el resultado de diferentes contactos, influencias, mezclas y adaptaciones. A través de la historia las relaciones entre grupos humanos portadores de culturas distintivas no siempre han sido conflictivas.

La comunicación, el intercambio, ya sea comercial, de ideas o de personas, también forma parte de nuestra tradición. Además, no hay ninguna cultura que sea del todo homogénea en su interior ni completamente impermeable a las influencias del exterior. Las culturas son flexibles, fluidas, cambiantes: no esencias eternas, idénticas a sí mismas desde tiempos inmemoriales.

La instauración, relativamente reciente, de los Estados-nación en el mundo occidental se ha basado en un proyecto que incluía la eliminación y la exclusión

de las diferencias culturales tradicionales en su interior, la uniformización de las conductas y la imposición de una serie de ideas consideradas universales, o al menos de carácter nacional.

Tomando como punto de partida las aportaciones de la Ilustración, el Estado-nación se instaló de manera definitiva después de la Revolución Industrial en torno al pensamiento liberal y su defensa de la libertad y la igualdad de todas las personas.

### **El genocidio y la descolonización**

Desde la Segunda Guerra Mundial hasta ahora se han producido dos hechos que han marcado una nueva sensibilidad hacia la diversidad cultural: uno es el genocidio judío en nombre de la pureza, irreductibilidad e incompatibilidad de las culturas; otro, el proceso de descolonización con el desarrollo de nuevas identidades culturales anteriormente reprimidas y silenciadas. Estos dos hechos cuestionan la supuesta universalidad y superioridad de la cultura occidental. Entre estos dos parámetros irrumpe la interculturalidad.

Actualmente, surge la necesidad de una nueva manera de entender las relaciones del individuo con el Estado que preste más atención a la diversidad de grupos con determinadas identidades y orientaciones culturales que siempre están presentes dentro de una sociedad.

La concepción de los contactos interculturales ha evolucionado. A medida que variaba el contexto, se han sucedido distintas aproximaciones y perspectivas. No siempre, ni necesariamente, se ha considerado que el contacto, la convivencia, el conocimiento de aquello que es ajeno, sea algo pernicioso, imposible o una causa de conflictos. Hay muchas alternativas. A continuación, analizaremos algunas.

## **1. La ambigüedad del exotismo**

Tanto la curiosidad como la indiferencia hacia aquello que es ajeno ha servido siempre para que las personas portadoras de tradiciones culturales distintas, al compararse, reafirmaran la manera de hacer y de pensar propias, y reforzaran a la vez su identidad específica o introdujeran nuevas alternativas. El

contacto entre culturas supone, a veces, influencias y, en casos extremos, imposiciones.

Las valoraciones que resultan de la comparación suelen acabar siendo calibradas con matices positivos o negativos. Así, por ejemplo, el pensamiento ilustrado del siglo XVIII, influido por las noticias proporcionadas por los misioneros jesuitas, consideraba a China con una gran admiración y la tomaba como ejemplo que había que seguir de nación próspera y estable bajo un gobierno burocrático centralizado.

Si al comienzo fue un modelo de civilización ilustrada, racional y terrestre, poco más tarde, después de la expansión imperialista de las potencias europeas fuera de su territorio, China se convirtió en el enfermo de Asia. Su imagen se transformó en la de un país totalmente desestructurado, corrupto, sin ley, que no merecía ser considerado humano, puesto que la civilización era el patrimonio exclusivo de la cultura occidental de acuerdo con los cánones de la época.

Estas palabras del historiador Raymond Dawson reflejan muy bien esta evolución:

«La historia de las relaciones entre Europa y China ha dependido en alto grado de las ideas europeas acerca del Reino Central y de los cambios experimentados por esas ideas como consecuencia no sólo de las mudanzas ocurridas en la misma China, sino también de las peripecias de la historia europea. Pues los cambios en Europa han venido a suministrar a los europeos un cambiante punto de comparación desde el cual considerar a los chinos, y también han determinado la mudanza de deseos y necesidades susceptibles de ser satisfechos por conceptos acerca de China adecuados al momento. Así resulta que China ha sido tenida en uno u otro momento por rica o pobre, por adelantada y por atrasada, por sabia y por necia, por bella y por fea, por fuerte y por débil, por honrada y por embaucadora: la lista de las cualidades contradictorias que le han sido atribuidas no tiene límites.»

Raymond Dawson (1970). *El camaleón chino. Análisis de los conceptos europeos de la civilización china*. Madrid: Alianza (pág. 12-13).

La valoración positiva o negativa depende, entre otros factores, de las relaciones de poder. A veces, se han utilizado otras culturas a modo de figura retórica para criticar la propia. El contacto con otros, el hecho de situarse fuera de la propia cultura, puede ayudar a descubrir que los convencionalismos, lo que se considera natural, las asunciones y presupuestos tácitos de cada cultura, son en realidad el resultado de un largo proceso de construcción de acuerdo con unos determinados intereses. La admiración o el desprecio hacia otras culturas

depende de la consideración de la diversidad cultural que hemos heredado.

El exotismo consiste en la plasmación de la valoración positiva de los otros, de las culturas ajenas. El exotismo aparece cuando se prefiere sistemáticamente lo que proviene de lugares extraños en detrimento de lo propio, aunque responde más a una crítica de uno mismo que a una descripción de la realidad. Uno aprecia lo «alejado por el hecho de estar alejado», como nos recuerda Tzvetan Todorov (1991): «Los mejores candidatos al papel ideal de exótico son los pueblos y las culturas más alejados y más desconocidos». Porque el exotismo se basa en el desconocimiento de los otros, en la negativa a verlos tal como son.

## 2. La aculturación, un proceso de cambio

El contacto directo y continuo entre grupos sociales que tienen culturas diferentes puede dar lugar al fenómeno de la aculturación, que son los cambios producidos en la cultura original de uno de los grupos o en los dos. A pesar de que en principio la aculturación es un proceso de cambio bidireccional, a menudo se la identifica con las modificaciones que experimenta una cultura por la imposición de rasgos de otra a la que está sometida. La variable de las relaciones de poder y dominación queda ejemplificada en el contexto de la colonización, cuando los países colonizados estaban sometidos a un proceso de occidentalización que afectó a determinados sectores de la población.

La escuela antropológica difusionista fue la primera en estudiar la influencia de unas culturas sobre las otras, aunque solía limitar el análisis del contacto intercultural a la difusión y los préstamos de rasgos culturales aislados en unas determinadas áreas.

### **Las escuelas difusionista y funcionalista**

*Difusión* es el término empleado para hacer referencia a la expansión de los atributos de una cultura a otra a través de sus contactos. El paradigma funcionalista es aquella perspectiva teórica basada en la idea de que las acciones sociales se explican según la contribución que hacen al mantenimiento de la sociedad (es decir, de acuerdo con su función).

Por su parte para la perspectiva antropológica funcionalista, la interacción y

el contacto entre culturas eran considerados el origen de la desintegración cultural, lo cual, llevado a las últimas consecuencias, justificaba políticas segregacionistas como el *apartheid* para preservar las especificidades culturales del riesgo de la presencia e influencia de extraños.

La idea esencialista de cultura postula la tolerancia entre culturas separadas y autónomas que se consideran en peligro de desaparición si se interrelacionan. La visión estática de la cultura como algo dado en el pasado y es necesario conservar, característica del romanticismo alemán, no permite la aceptación de la convivencia de la diversidad porque es considerada desintegradora y peligrosa.

El contacto, el intercambio, afecta continuamente a quienes participan en él. Todas las culturas están en cambio continuo: se pierden rasgos específicos y se crean nuevos tanto de manera endógena como por efecto de los contactos con el exterior. La aculturación es un proceso permanente y global. El cambio, la adaptación, el aprendizaje son la esencia de los seres humanos y de las culturas que crean.

Tradicionalmente se ha asociado la aculturación a la imposición de una cultura sobre otra, a la asimilación de una hasta que llega a formar un todo indiferenciado y homogéneo con la otra. Este modo de eliminar las diferencias en el interior de una sociedad pluricultural tiene la expresión más radical en el etnocidio, la limpieza étnica y el genocidio.

### **3. La asimilación o pérdida de identidad**

Los contactos entre culturas pueden ser más o menos simétricos dependiendo de las posiciones de poder que haya entre estas. A veces se producen reacciones de rechazo y conflictos, o se desencadenan movimientos de resistencia y de revitalización de especificidades culturales, y otras veces pueden dar lugar a la asimilación o pérdida de identidad cultural de un grupo o de personas individuales al adoptar completamente los valores, las creencias y las prácticas de otra cultura.

La idea de la asimilación ha predominado durante mucho tiempo en el

análisis del contacto entre culturas. Implica necesariamente la existencia de una cultura dominante que elimina las diferencias que presentan unas personas que pertenecen a otras culturas cuando entran en contacto. Ser asimilado equivale a integrarse, fundirse, hacer desaparecer lo distintivo y específico. Suele asociarse también a un sentimiento de pérdida y a procesos de homogeneización.

La asimilación es el proceso idealizado de quien se considera superior. Desde su punto de vista, le resulta difícil comprender que aquellos a los que considera inferiores no quieran dejar la posición de inferioridad. El ideal asimilacionista es la proyección de una voluntad antes que un hecho inevitable y natural, como pretenden las tradiciones culturales con más poder.

## **4. Las fronteras de la convivencia**

El antropólogo Frederick Barth (1969) cuestionó la visión tradicional de la aculturación según la cual el contacto entre culturas es un agente de cambio que conduce a eliminar las diferencias y a crear homogeneidad. La persistencia de límites etnoculturales en situaciones de contacto cuestiona esta premisa. Los grupos étnicos defienden su especificidad manteniendo la diferencia, puesto que el contacto interétnico puede generar particularismos en vez de hacer que desaparezcan.

Según esta perspectiva, las diferencias culturales surgen únicamente en las situaciones de contacto y se materializan en la creación de fronteras.

Estas fronteras son siempre el resultado de negociaciones o de imposiciones. También se puede decir que son móviles y cambiantes, que varían según las circunstancias y los contextos. Las fronteras se construyen en el proceso continuo de la interacción.

Las culturas conviven y coexisten tanto si se producen como si no fenómenos de asimilación o mezcla de rasgos culturales. Sin embargo, habitualmente nos encontramos con situaciones de jerarquización en las que una cultura dominante respeta más o menos la identidad de las otras con las que convive, de acuerdo con unos criterios definidos y establecidos por la primera.

También es posible la relación sobre una base más igualitaria en la que las diferencias se mantienen mediante la regulación y la negociación de los intercambios mutuos. De hecho, las personas poseen identidades múltiples, es decir, pertenecen de manera simultánea a culturas diferentes y mantienen sistemas de normas y comportamiento diversos que usan en contextos o ámbitos específicos –privado o público, por ejemplo.

Un ejemplo extremo de la situación de convivencia basada en la jerarquización lo ofrece la sociedad de castas. Pero también es posible convivir bajo otros parámetros. A lo largo de los ensayos que integran la obra clásica *Los grupos étnicos y sus fronteras* (1969), de la que es editor Barth, se describen situaciones como, por ejemplo, las relaciones simbióticas entre diferentes grupos étnicos que ocupan nichos ecológicos y económicos diferenciados en los que no existe la imposición de unos sobre otros, sino una dependencia mutua porque desarrollan actividades complementarias. En otros casos, las personas que pertenecen a determinados grupos eligen abandonarlos e integrarse en otros ante las expectativas de conseguir beneficios personales mayores.

Los cambios posibles de identidad cultural, ya sea de manera voluntaria o forzada, indican que el hecho de pertenecer a una determinada cultura no significa inexorablemente estar sometido a sus dictados para toda la vida. Tanto los intentos de homogeneización cultural, impulsados por los Estados-nación modernos con la intención de eliminar las diferencias culturales en su interior, como la voluntad individual de cambio, cuestionan la inmutabilidad de las culturas, puesto que sus portadores individuales, de manera voluntaria o involuntaria, la están transformando continuamente, introduciendo nuevos elementos, recuperando antiguos, inventando, reinventando, imaginando, construyendo.

## **5. El choque de civilizaciones**

De manera general, se tiende unilateralmente a asociar los contactos a la idea de conflicto. Un ejemplo reciente de la perspectiva conflictiva de la relación

entre culturas, en el ámbito del fundamentalismo cultural, es el libro de Samuel Huntington (1997) sobre el choque de civilizaciones. Según esta obra, el mundo de la posguerra fría se divide en una serie de civilizaciones o culturas definidas que están irrevocablemente condenadas a luchar entre sí para imponer su hegemonía sobre las otras, del mismo modo que hasta ahora ha hecho Estados Unidos. Uno de sus críticos, el antropólogo Marco Martiniello afirma:

«La tesis de la globalización de las guerras culturales peca de simplista. Los hechos no la corroboran. Muy a menudo, tras unos conflictos de apariencia étnica y cultural, hay asuntos y causas de tipo económico. En este sentido, los conflictos culturales suelen ser la consecuencia y no la causa de las desigualdades y de los conflictos sociales y económicos. Por otra parte, las fronteras entre civilizaciones están bastante menos delimitadas de lo que pretende Huntington, quien también pasa por alto la diversidad cultural más o menos pronunciada dentro de cada civilización. Además ignora la posibilidad de una alianza entre países que pertenecen a civilizaciones diferentes. Pero es eso lo que ocurrió en la Guerra del Golfo. En definitiva, podríamos llegar a conclusiones contrarias a las de Huntington y afirmar que los contactos cada vez más frecuentes entre civilizaciones propician el cosmopolitismo global y no el conflicto generalizado de civilizaciones.»

Marco Martiniello (1997). *Salir de los guetos culturales*. Barcelona: Bellaterra (pág. 32).

El reduccionismo cultural de la tesis del choque de civilizaciones responde a una realidad percibida bajo unos intereses hegemónicos específicos que se consideran amenazados. Su interés principal es el fomento y la defensa de unos valores universales particulares ante los ataques imaginarios o inventados procedentes tanto del exterior como del interior.

Para Huntington, la diversidad cultural interna de Estados Unidos es una amenaza a los valores sagrados de la unidad monocultural de la patria, un credo que él mismo describe orgullosamente. Su argumento de esencializar y reivindicar la incompatibilidad de unos entes abstractos que denomina civilizaciones es una lectura muy simplista del mundo, cargada de una fuerte ideología hegemónica occidental que tiene tras de sí, en última instancia, a la industria armamentística.

Los conflictos por motivos culturales esconden muy a menudo causas de otro orden, como las económicas o políticas. Por otro lado, el conflicto puede ser el motor del cambio cultural, y también nos puede ayudar tanto a conocernos y acercarnos mutuamente como a separarnos; todo depende de nuestra perspectiva de aproximación y de los intereses que la muevan.

Las fronteras y los límites culturales son difusos, móviles y se reelaboran continuamente. No existe ninguna disposición innata para rechazar, temer y odiar a aquel que no tiene los mismos parámetros culturales que nosotros.